ECOS DE LA VIDA LITERARIA

CAMILO JOSE CELA, POETA EN PROSA

No concedamos demasiada importancia a los géneros literarios. Bien puede ocurrir que una novela sea interesante y valiosa, precisamente por lo que tenga de novela. Quizá sea este el caso de «Mrs. Caldwell habla con su hijo», reciente obra de Camilo José Cela. Pero califiquémosla como perteneciente o no al género narrativo, y, aun llegando a considerarla como una serie de poemas en prosa, lo cierto es que ha brotado, incuestionablemente, de la pluma de un novelista avezadísimo. Sólo así se explica la extraordinaria vitalidad de todos y cada uno de los elementos que se combinan en la obra: tipos, fondos o ambientes, apuntes de situación dramática o escena grotesca, rasgos de observación, inopinadas revelaciones, glosas de lo cotidiano y menudo...

Tan rico y diverso contenido no recibe de Camilo José Cela el tratamiento literario que pudiese darle estructura de novela. Al menos, si entendemos la novela como un conjunto armónico, unificado por una acción principal. Deliberadamente, Camilo José Cela ha eludido la novela propiamente dicha, y ha ensayado otras formas de expresión para que su capacidad creadora realice sus fantasías y transfigure artísticamente sus observaciones. Este Camilo José Cela es el de siempre, pero en otro perfil de mayor sutileza y variedad.

«A mí me parece que para el novelista es peligroso encorsetarse en una manera determinada y creer que son malas todas las demás. Por lo menos, yo he intentado, hasta donde he podido, todo lo contrario: creer que todas las formas son igual de buenas o igual de malas, y que lo que prevalece, a la postre, es el talento del escritor...» así dice Camilo José Cela en su «Advertencia a los lectores», y así es, en efecto. Pero no sólo el talento, sino también la sensibilidad, tienen que salvar al hombre de pluma en sus pruebas y experiencias. Sobre todo, la sensibilidad es lo que Camilo José Cela acredita a nueva luz y con una exquisitez de matices que a muchos lectores habrá de sorprender.

¿Camilo José Cela, poeta en prosa...? Pues sí, pasa a sus crudezas, a sus truculencias, a su gusto por lo desgarrado y cruel. Claro es que también cabe poesía en temas de ese aire violento y terrible. Pero lo interesante del caso de «Mrs. Caldwell» es que la poesía ahí conseguida hunde su raíz en el más genuino subsuelo lírico, absorbiendo muy humanos y típicos jugos sentimentales.

A poca costa podría haber hecho Camilo José Cela la «novela novelesca» de la madre que pierde un hijo, en plena sazón de la vida y del hogareño amor, y le escribe cartas al «otro mundo», cargadas de ternura, memorias íntimas y noticias. Una madre, claro es, lo bastante desnivelada por su hipersensibilidad para entregarse a tan anómala y delirante correspondencia. Pero Cela no ha pretendido, en modo alguno, reconstruir esas vidas para envolverlas en un argumento. Ha dejado al hijo en la patética penumbra de la memoria maternal. Es así cómo conocemos, con vaguedades de sombra, al joven Eliacín: deportivo y sensato, nadador, amigo de las excursiones y de los fetiches, con gafas ahumadas, para el sol. Y sabemos poco de la madre, que habla del mundo mucho más que de sí misma, si bien, en trance de confidencia, no ahorra lo que pudiese perjudicarla: alma desnuda, apasionada y demencial.

Y, sin embargo, aun no sabiendo casi nada de Mrs. Caldwell y de Eliacín, los dos nos conmueven en función de la vida que conllevaron y que se prolonga en poética e impresionante relación póstuma. No queda ociosa la invención novelística de Camilo Cela, sino que más bien la prodiga en esquemas dispersos, venciendo la dificultad, propuesta adrede, de dotar de interés el esbozo fugaz, a la silueta rápida de un personaje que pasa, a la sugestión de un lugar... En «El Estudiante de Astronomía», por ejemplo, es fácil descubrir un germen de novela; más todavía en «Amé tres días al granjero Tom Dickinson». O en «La herencia de nuestros mayores», donde se insinúa el tipo de Carlo Dominici, «apuesto jinete calabrés, que podría dar juego si Cela tuviese algún interés en no perderle de vista. O en «Las tres hijas de Mrs. Sherwood». O la «Fuente rota». O «La navegación fluvial»... Pudieran multiplicarse los ejemplos de esbozados cuentos y novelas, posibilidades de narración que la poesía toca, huidiza, con gracia alada, y abundan los tipos o vislumbres de caracteres que pueblan el mundo de este desarticulado poema. Tan desarticulado como la vida y como el ensueño: «Un oficial de Caballería relativamente simpático», «El tañedor de acordeón», «Miriam, la tañedora de lira», «El abogado sin pleitos», «Las más extrañas y saludables mujeres», «El coleccionista de ríos»...

Pero sería necesario traer también a cuento otros poemas de más acentuado valor lírico, oscilantes, con vibración propia, entre la balada romántica y la «greguería», recreada por personal inspiración. De esta suerte nos comunican el secreto lírico de su ser, «Los carpinteros de rivera», «La mina», «El reloj de arena», «Los lápices de colores», «Los quinqués», «La figurita de marfil»...

Permítasenos la aridez de la anteriores enumeraciones. Pero es indispensable apelar a tan expeditivo recurso para dar idea del mundo variadísimo captado por Cela en un libro difícil de clasificar, si no acudimos al celeste rótulo de la Poesía: seis letras que son como una reja de celosía tras la que vislumbramos — quizá mejor aún que por la ventana de las novelas — el quebrado paisaje de la realidad, con soles de ilusión y lunas de pesadilla.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO
de la Real Academia Española

AL MARGEN

De algún tiempo a esta parte, y resuelto el angustioso problema del papel y los permisos, las publicaciones periódicas crecen día a día como la espuma. Periódicos y semanarios de todas clases, para todos los gustos, aunque las más de las veces se trate de hojas efímeras, probablemente porque en esa libertad de gustos no coinciden los del público con los del editor. Con todo, es una suerte tamaña profusión, siquiera por las docenas de firmas, por las posibilidades que ahora se ofrecen a los noveles para hacer sus primeras armas. Pero si nos referimos a las revistas propiamente dichas, a los órganos de más empaque, donde las plumas parecen proceder más despacio y organizarse el pensamiento, acaso el día de hoy no nos parezca tan afortunado.

Sin duda son más, infinitamente más las revistas de hoy que las de hace unos años. También en este capítulo hay publicaciones para todo, desde las mariposas y los minerales a la sempantica, a los más intrincados problemas teológicos. Pero falta, escasea por lo menos lo que desde siempre solía caracterizar a las revistas. Aquellos tomos del «Diario de los literatos de España», la revista que hace algo más de dos siglos abrió la carrera de las españolas, ¿en qué publicación contemporánea tendría semejante? ¿Dónde está la literatura en nuestras revistas del día? ¿Dónde la polémica literaria, de buena recordación del XVIII acá? En los escasos órganos que todavía se ocupan de literatura, la alabanza o el ataque se hallan tan bien contenidos en la prudente dosificación de los juicios, que no se sabe ya dónde termina uno para empezar la otra. Y lo que es más sintomático, en dichas hojas no se descubre jamás, si el tema no lo manda o si remonolearon los colaboradores, nunca aparece un escritor nuevo.

¿Dónde están, por otra parte, los creadores? Existen, por supuesto, y en floración cuyo igual habría que buscar en el Siglo de Oro. Abundan, pero no en las revistas literarias. Concurren a los premios o aparecen sin más de la mano de los editores. Esta es la peregrina novedad, el heroísmo de nuestros editores a caza de escritores noveles. Las revistas no. Las pocas y tediosas revistas prefieren exhumar cadáveres, escribir sobre lo ya escrito, citar de tercera o cuarta mano. Prefieren eso que llaman la erudición, que es el más impersonal, el más fácil, aburrido y vacuo de los juegos. Sus sesudos y consabidos colaboradores, con más títulos que un dignatario bizantino y de más apellidos que un portugués que se los ponga todos, no tratan más que redondear con sus engendros los magros, aunque múltiples estipendios. O si se prefiere, proceden por acumulación en la carrera de sus títulos, de sus encargos universitarios, de la obtención de becas y premios, del acceso a las Academias. A ciencia y paciencia de nosotros, sus presuntos lectores, sus seguras víctimas.

Aquellos viveros, aquellas incubadoras de valores nuevos que fueron las viejas revistas, se nos han transformado en secretarías de Facultad o en pequeñas bibliotecas especializadas. Escaso valor tienen los mil libros, las mil obras de arte, los mil personajes que en un volumen solo y así de grande la industria editorial viene sirviendo en consonancia con la prisa de los tiempos nuevos. Escaso, pero alguno. Por ejemplo, llenar un hueco de biblioteca, ser un repertorio de «santos» que recorrer en las noches de invierno. Pero el asalto de citas, el repertorio de opiniones ajenas y mal hilvanadas a que se están reduciendo nuestras innumerables revistas, a que pretenden acostumbrarnos nuestros aspirantes a sabio, no ofrecen el menor interés. Entre la cultura viva y la ficción de cultura, por muy aderezada que se brinde, la elección no es dudosa. Menos darle vueltas a Unamuno, menos andalucear con Alberti y Lorca y traer siempre entre los pies a Miguel Hernández. Que si un Hernández, Alberti o Lorca, si un nuevo Unamuno saliera en nuestros días, trabajo cuesta pensar que esas revistas nuestras y esos ensayistas de nuestros pecados se dieran cuenta de ello. — M.

MESA DE REDACCION

El Jurado calificador de las composiciones que concurren a los Juegos Florales de la «Viña y el Vino», en ocasión de la II Exposición y Feria que de los mismos se prepara a inaugurar Villafranca del Panadés, ha emitido el fallo. La flor natural correspondido al brillante poema «El càstig de les Mineides», marcado con el lema «Iris Climena y Accitoe». Los accésits de sendas 2.500 pesetas, distinguen a «Elegía y brindis al vino de España» y a «Bacchus i Ariadna». «Oro en mantillas y «Dell'indico Oriente» son sus respectivos lemas. Parece ser que la fiesta no se celebrará en la fecha que se dijo aquí, sino una semana más tarde: el domingo día 18.

* * *

«El poeta que al escribir piensa en el galardón y en el juicio que han de formar de su obra las más relevantes firmas de la pluma, podrá ser un buen escrior, podrá manejar el idioma a la perfección, y hasta podrá hacer versos intachables de rima y de medida, pero no será poeta. Poeta es el que escribe poesía porque siente la poesía, y la escribe como la siente, sin tener en cuenta ninguna cosa más.» Así, en la revista «Rumbos», un Lucio apellidado Ibáñez, quien lucidamente concreta a continuación: «La misión de la poesía es la de educar a través de los sentimientos... La máxima aspiración del poeta debe ser que el lector sienta el irresistible deseo de aprenderse los versos de memoria.» Para remachar el clavo completa la página un poema cuyos son estos versos: «Nos está esperando, parado. El Mañana. Mudo. Vacío. Inerte, — con su uniforme de premuerto sin patria. — Con su uniforme que lleva una x por donde han de pasar las balas. — Ha visto sangre. Y está vomitando sus fríos ideales sobre la saliva del mar.»

* * *

El padre Picanyol, eescubridor y editor en su día de la «Apología pro Scholis Piis», de Campanella, publica ahora, por acuerdo de la Orden Calasancia, el voluminoso epistolario, en su mayor parte inédito de su santo fundador. Exactamente, 4.538 son las cartas de la mano de nuestro compatriota San José de Calasanz conservadas en la Casa Generalicia de los Escolapios. De los ocho volúmenes que comprenderán van publicados ya tres, además del inicial, donde el padre Picanyol traza una historia acabada de la suerte de este epistolario durante cerca de cuatro siglos, lo fecha y ordena cronológicamente en cada una de sus piezas, subraya la íntima amistad que con nuestro fundador mantuvieron personalidades como Galileo (verdadero maestro de los primeros educadores de la Orden) y el referido Tomás Campanella, y destaca la gran figura de pedagogo a la moderna del Santo de Peralta. Entre diez y doce mil cartas se calcula las escritas por el santo aragonés para la fundación y el gobierno de su Orden, durante sesenta años. Y, aunque no lleguen a cinco mil las conservadas, bastan para presentarlo como un verdadero revolucionario de la enseñanza. Su escuela popular y gratuita fué el primero y decisivo golpe contra el analfabetismo, en una época en que la educación era privilegio de los poderosos y se consideraba como gran providencia social y política la ignorancia de las masas.

* * *

12.428 palabras constituyen—según el completísimo estudio de Víctor García Hoz, publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y galardonado en su día con el Premio Raimundo Lulio—constitu, decimos, el vocabulario español usual, el de las cartas, periódicos, documentos oficiales y libros. Y de ellas, no menos de 250 no figuran en el Diccionario de la Academia reduce a 1.971. En cuanto al vocabulacomún, es decir, el de las palabras más frecuentemente usadas en el conjunto de esas cuatro categorías, el número de voces se reduce a 1.971. En cuanto al vocabulario fundamental, el de las conversaciones y de la vida cotidiana, el número de palabras va poco más arriba de doscientas.

* * *

Editores de seis naciones se disputan las memorias de Schiaparelli, que han de comprender treinta capítulos. Elsa Schiaparelli, la famosa modista, tiene ya redactados los seis primeros. Tropieza ahora con una pequeña dificultad: lo ha olvidado todo y no sabe qué poner en los veinticuatro restantes. Quizá instituyendo un premio...

* * *

Las Universidades checoeslovacas, ateniéndose a los tiempos nuevos, han decidido acabar con el título burgués de doctor. En adelante los estudiantes de Medicina serán «médicos diplomados», y «juristas diplomados», los de Leyes. Claro que sus maestros tampoco se llamarán profesores. Pedagogos diplomados, y basta.

* * *

En cambio, la Universidad de Roma, la «Sapienza» por antonomasia, ha concedido el doctorado honorario a un poeta, a Ungaretti, el doctorado honorario a un poeta, a Humberto Salba, quien «con el canto ha desposado para siempre con Italia a la ciudad de Trieste», al cumplir sus setenta años.

GAZIEL

Con su prosa amena y profunda ofrece en el vol. 134 de la BIBLIOTECA SELECTA

«UNA VILA DEL VUITCENTS»

(SAN FELIU DE GUIXOLS)

«LES VILES ESPIRITUALS»
«UN ESTUDIANT A PARIS»

UNA TRILOGIA EVOCADORA

LOS LIBROS DEL DIA

MUNDO PEQUEÑO Y FINGIDO, novela de Paulina Crusat. — Novelistas hispanoamericanos de hoy, 9. J. Janés. Ed. B., 1953. — Ambicioso es el primer ensayo de la poetisa Paulina Crusat en el campo de la narración. Esta su primera novela despliega en medio millar de páginas las mutuas relaciones e interferencias de una docena larga de personajes de primera fila, a caballo entre dos países y, por si poco fuera, moviéndose en un ambiente de transición cual el de los días que siguieron al Congreso de Viena. Tres núcleos, tres escenarios principales tiene la novela y de unos en otros, como patrullas volantes, se mueven cuatro personajes — una doble pareja femenina y masculina de joven y persona madura — cuyo única misión parece ser, no ya el fecundo revolar de las abejas, sino la destructora labor de las hormigas. Porque los cuatro, a su modo, o por lo menos tres de ellos, intentan obtener provecho para sus pasiones a trueque de alterar y aun desmontar la vida en los tres escenarios citados, aunque a la larga queden, como se dice, con un puñado de moscas en la mano. Para justificar su tesis, la autora examina a fondo a sus personajes, les coloca en mil y una situación, entrezarza y embarulla los acontecimientos: con el resultado, no apetecido, de convertirlos por exceso de carga, en seres esquemáticos, acaso excesivamente de una pieza. A eso llega, también, haciendo gala de todos los procedimientos estilísticos: introspección, monólogo interior, diálogos que se resuelven en densas parrafadas, prosa poética, descripciones de ambiente (y son lo más notable del libro). En una palabra, pecando por carta de más. Paulina Crusat ha querido empezar por el tejado, pasar brillantemente su examen, demostrar que nada se le escapa en el proceso literario. Y es lástima; porque con menos personajes y menos páginas no hubiera habido campo para digitar sus muchas dotes, para exhibir sus enormes conocimientos. Thomas Mann, en quien se mira, no empezó por el «Doktor Faustus», y durante varios años hubo de soportar que el novelista importante fuera su hermano. Porque hay que dejar a la edad madura lo que es madurez. Y de la madurez de la novelista Paulina Crusat cabe esperar las grandes cosas que apunta, aunque revueltas, en el presente «Mundo pequeño y fingido».

ELS MUNTS. Alt Lluçanès, por Ramón Vinyeta. Con fotografías, dibujos y mapa del autor. — Guies monogràfiques, 5. Ed. Alpina. Granollers, 1953. — El presente volumen completa la descripción del sistema montañoso que corona la Plana de Vich, que fué ya objeto de sus anteriores guías de Bellmunt y del Puigsacalm. Como en las anteriores no falta ninguno de los datos geológicos, orográficos e hidrográficos, los referentes a la vegetación y a la fauna, los horarios exactos de excursiones y travesías. Pero donde el autor muestra su especial competencia, donde su aportación parece más notable, es en lo tocante a la descripción y la historia de cada uno de los monumentos y lugares de aquel espléndido escenario. Los episodios históricos, los gozos y poesías populares, las resonancias literarias de cada uno de aquellos puntos hacen este trabajo bastante más que una mera guía de excursionismo, aunque no desdeñe los consejos y las noticias exactas de utilidad para quien emprenda ese deporte.

PUBLICIDAD COMBATIVA, por Pedro Prat Gaballí. Ed. Labor. B. 1953. — El autor, tan ligado a la introducción en España de los estudios de publicidad y de técnica comercial, hace aquí un resumen de las innúmeras observaciones y estudios que le merece el frondoso movimiento actual de la publicidad, apoyándolo en una base psicológica y mercantil que le presta vertebración científica. La estadística, el método comparativo, la elocuencia de los grabados, la apoyatura en un copioso aparato bibliográfico, añade motivos de solidez y trascendencia al presente libro, buena demostración de que la publicidad —antaño artesanía y empirismo— se ha convertido ya en ciencia entre nosotros.

ROSES DE FRANÇA. «XII poemes traduïts per» Bartomeu Forteza.—Impr. mossen Alcober. Palma de Mallorca, 1953. «Opúsculo». — El fino poeta mallorquín traduce aquí, por modo impecable, una docena de composiciones espigadas en la poesía francesa de todos los tiempos. Desde el «Heureux qui, comme Ulysse...», de Dubellay, y Racine y La Fontaine a detenerse en Bodelaire y, sobre todo, en Verlaine, podemos seguir los gustos de Bartolomé Forteza. Apreciar su seguro gusto y considerar incorporadas esas poesías a la literatura catalana.

SANT FRANCESC. Flors del Calvari, por Jacinto Verdaguer, seguido de «La tragèdia de mossèn Verdaguer», por el padre Miguel de Esplugas. — Bibl. Selecta, 129. Ed. Selecta. B., 1953. — Cierra esta trilogía el cincuentenario de la muerte de Verdaguer iniciado con el volumen de «Prosa antológica». Las páginas de «En defensa propia» — consideradas con justicia como las más humanas y literariamente más definitivas de su pluma — se enlazan directamente con las del presente volumen, ya que unas y otras reflejan los últimos años de la vida del poeta que son, a la vez, los más angustiosos de su existencia. Nos referimos, claro está, a los dos primeros títulos, traducción poética del sentir divino y del sufrir humano de «Mossen Sinto». Le sigue el meritísimo y ponderado estudio del padre Miguel de Esplugas, verdadero punto de arranque de una nueva y más exigente etapa de las indagaciones sobre la personalidad del gran poeta. Y su aparición en estos momentos no deja de ser oportuna, pues los juicios del sabio capuchino sobre Verdaguer y su tragedia no pueden ser indiferentes, ni a tirios ni a troyanos.

LAS SEÑORITAS DE CONCARNEAU, por Georges Simenon. Trad. F. Cañameras. Ayma Eds. B., 1953.—Julio Guerag, pequeño armador y tendero de Concarneau, vive rodeado del cariño solícito y un tanto despótico de sus hermanas, las verdaderas dueñas de la población, que le tratan como a un chiquillo. Julio las teme, les oculta celosamente todo cuanto le ocurre: incluso la muerte que involuntariamente acaba de cometer y que desarticula su vida pasada y la conduce por otros derroteros más exaltados y apasionados.

SIEMPRE OCURRE LO INESPERADO, por André Maurois. Col. Manantial que no cesa. Ed. José Janés. B., 1953.—Se reúne bajo este título una recopilación de cuentos, inéditos unos, otros que ya conocíamos, y en todos ellos se refleja un clima de saludable optimismo que, atravesando el prisma de la evocación, revierte en un sano humorismo o en una profunda humanidad. Así, el denominado «¡Buenas noches, querida!», de gran colorido y cuyos personajes, los Quesnay, no eran ya familiares a través de una novela del autor traducida también al castellano. Otro cuento, «El cuchillo», ofrece un desenlace en el que se combinan la imaginación y la ternura que bien podemos calificar de antológico.

TECNICAS DE LA ESCULTURA, por Tomás Gutiérrez Larraya. Manuales prácticos. Ed. Molino. B., 1953.—El profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge hace aquí una sucinta historia de la escultura, desde la paleolítica hasta la de nuestros días, marcando claramente las sucesivas evoluciones. Trata después del modelado y vaciado, de los materiales y utensilios, de las distintas materias pétreas, de la diversidad de maderas que pueden emplearse, de los tintes para el policromado y concluye con un estudio compendiado de la ceroplástica. En resumen, un utilísimo manual para los numerosos autodidactas.

VIDA DE SAN JOSE ORIOL, por Rosendo Llates. Ed. Barna. B., 1953.—El autor no ha escatimado esfuerzos en la búsqueda de documentos y datos para darnos una visión clara y concisa de lo que fué la vida del taumaturgo barcelonés desde su nacimiento hasta su muerte. Por mano de Llates nos sentimos transportados a los tiempos en que el Santo, por su sombra humana, andaba por la tierra repartiendo a manos llenas sus bondades, encontrándose allá donde el dolor plañía, realizando milagros, pero principalmente ejerciendo un influjo maravillosamente avasallador en las almas, a las que llevaba el consuelo reconfortando el espíritu, hasta el extremo de que olvidaba el cuerpo los dolores gracias a la conformidad que el Santo les inculcaba. Con una intención y una amenidad dignas de tenerse en cuenta, Rosendo Llates consigue divulgar una de las vidas más ejemplares e interesantes de nuestra gente.

LA PRINCESITA QUE TENIA LOS DEDOS MAGICOS. Cuentos de María Luisa Gefaell. Premio Nacional de Literatura 1950. Ilustracs. J. Palet .— J. Janés, ed. B. 1953. — Pocas veces en el campo de la literatura infantil se atiende al verdero mundo de los niños y a su modo de pensar. Se da rienda suelta a la fantasía y al fausto sin preocuparse de reducir las cosas a la implacable lógica infantil. Lo contrario de lo que hace en esta docena de narraciones la españolísima escritora que, a las dotes que le valieron el Premio Nacional de Literatura, une la cualidad de ser madre, de haber inventado esos cuentos para sus propios hijos. La invención, la sensibilidad y, sobre todo, el gusto, permiten a María Luisa Gefaell innovar en el capítulo de la narrativa infantil. Hay que ver el partido que saca, la luz completamente nueva con que alumbra el consabido instrumental de hadas, enanitos, lobos feroces, brujas y princesas. Y la manera de narrar, poética y fantasiosa, sí, pero con innumerables golpes de humor —como gustan a los niños—, con frecuentes llamadas a la realidad cotidiana, con un sostenido hilo lógico —ese que tanto se quiebra en el género, y hace desconfiados e incrédulos a los niños— que, a cuento acabado, hace verosímiles las más esplendorosas fantasías. Verosímiles y edificantes, sin lo cual no habría cuento. La suave ironía de «Los monigotes de Luisana», las poéticas transmutaciones de la lágrima y las gotas de sangre de la Virgen, en la «Historia de la niña Margarita»; el juego de «La cueva de Villaviciosa» o la ensoñada versión del «Violín encantado», pueden ponerse por ejemplo de una renovación del género que ilustran los hermanos Grimm. Son los cuentos que querremos contar a nuestros hijos. O a nuestros sobrinitos, quienes tenemos que refugiarnos en esa relación de parentesco.